

Es para mí un placer, y un reto, escribir estas líneas de presentación del volumen monográfico que Arbor dedica, bajo el título Ciencia y tecnología en el CSIC: una visión de género, a la situación de la mujer investigadora en nuestro organismo. Un placer, porque se trata de una problemática que me interesa particularmente y a cuya mejora quiero contribuir. Y por eso mismo es un reto: si, finalmente, el día que deje de ser presidente del CSIC no hubiera sabido tomar las medidas que facilitaron una mayor presencia de la mujer en los niveles altos, tanto científicos como organizativos, de la institución, no habría estado a la altura de mis obligaciones. En pocas palabras, se trata de actuar, y no sólo de escribir y hablar.

El volumen que Vd. tiene en sus manos, coordinado por Valentina Fernández Vargas y por María Jesús Santasmases, tiene como esqueleto ocho contribuciones que analizan la problemática de la mujer investigadora en el marco de cada una de las ocho áreas en las que se estructura la actividad científica del CSIC, precedidas por una introducción de la Dra. Fernández Vargas. Dos apéndices completan el volumen. Lo primero que llama la atención es la inmensa dispersión del diagnóstico y de las conclusiones, lo que en absoluto debemos interpretar como una deficiencia, sino sólo como un reflejo de la complejidad del problema, y del poco sesgo colectivo de las autoras (salvo el sesgo de ser todas mujeres).

Consideremos dos posturas distintas, pero ambas perfectamente defendibles. Hay mucho que separa a hombres y mujeres: para empezar cromosomas, fenotipo y función biológica, y en consecuencia juegan papeles distintos en la familia y en la sociedad. Por lo tanto no debería extrañar que en algunas áreas de la actividad humana destaquen más los hombres y en otras las mujeres. Y así es. Lo que extraña es que la sociedad valore más, sistemáticamente y prácticamente sin excepciones, aquello en lo que destacan los hombres y valore poco aquellas actividades en las que destacan las mujeres.

O, por el contrario: hay poco que separa a mujeres y hombres, sólo aquello que tiene que ver con su distinta función biológica. Los papeles de las mujeres y de los hombres en la familia y la sociedad deberían ser casi idénticos, ya que las aptitudes intelectuales lo son. Por lo tanto la indiscutible discriminación a favor del hombre no está basada en una diferencia de aptitudes para el trabajo, sino en una diferencia de actitudes cara al poder.

Y hay muchas otras posturas, y la mayoría se pueden defender sin sonrojarse. Envidia, desde un cierto punto de vista, a aquellas personas que tienen ideas claras sobre la etiología de la discriminación por género, porque les permite hacer, más allá de un diagnóstico poco ambiguo, recomendaciones precisas. Yo tengo las ideas menos claras, salvo que no dudo sobre la existencia del problema y de que algún tipo de discriminación, en algún nivel, existe. Pero la duda no debe conducir a la inacción; simplemente, la acción debe enmarcarse en el principio de precaución que suele aplicarse a situaciones problemáticas serias, bien cuantificadas pero de causas sólo conocidas con un cierto grado de incertidumbre. El estado medioambiental actual de nuestro planeta nos proporciona un paradigma de este tipo de problemas, y también un paradigma de un abanico de propuestas de actuación, incluyendo la del laissez faire.

¿Qué hacer? Las contribuciones que se reúnen en esta monografía son una fuente de propuestas diversas e interesantes. Hay que pasarlas por el tamiz de lo que finalmente se pueda poner en marcha, teniendo en cuenta nuestra realidad presupuestaria y normativa. Pero las analizaremos con cuidado y empatía. Vaya por delante que tendré muy en cuenta la condición femenina en mis próximos nombramientos de cargos cuya designación me corresponda. Y también la presencia de la mujer en los tribunales. Pero quiero recordar aquí una de mis experiencias recientes y frustrantes: las dos mujeres a las que les ofrecí un cargo importante para la actividad investigadora del CSIC rechazaron mi oferta. Las razones que adujeron eran perfectamente comprensibles, pero tenían en su conjunto un ligero sesgo femenino; probablemente no las habría dado un hombre. En otras palabras, también las mujeres tendrán que aceptar los inconvenientes que ciertos cargos conllevan, porque si no, no alcanzaremos nunca una presencia femenina satisfactoria en ellos. Y sé que normalmente lo que la mujer sacrifica es más que lo que sacrifica el hombre. Quiero también consolidar lo que informalmente hemos venido llamado la Comisión de Mujeres, aunque deberemos para ello discutir su composición, definir su marco de actuación y encontrar su lugar estructural dentro del CSIC.

¿Cómo es que las áreas son tan distintas? Al lector que sólo disponga de unos breves momentos para hojear la monografía le recomiendo que ojee las contribuciones correspondientes a algunas áreas extremas: la de Alimentos, con un 28% de mujeres en la escala de Profesores de Investigación y un instituto en el que de 5 Profesores 4 son mujeres, la de Materiales, con un 3% de mujeres en la escala de Profesores de Investigación y un instituto con ninguna mujer entre los 17 Profesores, y la de Física, con menos de un 20% de mujeres investigadoras. ¿Contingencia? ¿Fluctuaciones

estadísticas? ¿Historia? ¿Diferencia de intereses? ¿Discriminación aquí y no allá? La lectura de las distintas contribuciones proporciona una visión global, informada y meditada, basada en datos objetivos, incluyendo opiniones personales, sobre la situación de la mujer investigadora en el CSIC. Es un excelente material para meditar, discutir y ayudar en la toma de decisiones.

¿Qué papel juega el hecho de que la mujer se resiste más a perseguir el éxito "a cualquier precio", como, creo que correctamente, se apunta en una de las contribuciones? ¿Por qué la ambición y exigencia se ven como algo positivo en los hombres y con no tan buenos ojos cuando se trata de una mujer? ¿Cambiar las mujeres o cambiar la ciencia? se pregunta en otra de las contribuciones. Y mucho más. Lea y medite, el problema lo merece.

Y sin embargo, ¡qué frustrante es no estar convencido de que realmente, científicamente y con alto nivel de confianza, conozcamos el espectro cuantificado de causas que explique el carácter inamovible de la varonización de la investigación de la élite, no sólo en el CSIC, sino en todas las instituciones, públicas o privadas, españolas y extranjeras. De hecho, y a pesar de todo, no es el CSIC la institución que peor está, ni mucho menos.

Pero no estamos bien, o no estamos donde debiéramos. Haremos lo necesario para mejorar y mejoraremos, no lo dudamos.

Rolf TARRACH
Presidente
CSIC